

El tercer aniversario de un silencio

El Nacional, 1959-03-12.

La noticia fue difundida por los cables el 17 de marzo de 1956 con la prisa con que se da un grito. Pero el grito, si Jesús de Galíndez tuvo oportunidad de dar alguno en cualquiera de los dramáticos momentos de su secuestro, alguien que no debe tener la conciencia muy limpia lo escuchó cinco días atrás, en la fría noche neoyorquina del 12. Después, se haría el silencio.

Pero no es éste, con ser tan trágico, el más siniestro silencio de que puede horrorizarse el mundo. El sacrificio del profesor vasco es una semilla fecunda que fructificará al ciento por uno en la conciencia de los hombres y de los pueblos, y como él habrá en adelante otros muchos dispuestos a ofrecerse en el exigente altar de la Libertad. El trágico silencio que está horrorizando al mundo es este otro que ya está durante tres angustiosos años sin una sola voz de justicia que lo acogote.

Este tenebroso mutismo encierra los más oscuros presagios para la humanidad.

Hay un principio inviolable en la historia del hombre: cada vez que se pretende ahogar su sentido de la justicia, corren fatalmente la corrupción y la violencia a llenar el vacío, hasta que otra violencia terrible recupere el equilibrio. Y sus consecuencias no quedan hoy limitadas a las dimensiones familiares de cuando la humanidad comenzaba a organizarse, sino que adquieren cada vez dimensiones más imprevistas.

Paralelamente a los portentosos adelantos en los campos de la intercomunicación física, se viene despertando atropelladamente en la humanidad una conciencia de solidaridad humana que repercute como un grito en todos sus componentes. y los principios que con más violencia mueven el sentir colectivo son los más elementales derechos del hombre, de su tolerancia individual y colectiva, que constituyen normas que no se pueden infringir sin despertar la cólera de los dioses que rigen los cielos de la esperanza de la humanidad en un mundo más justo.

Este tan rudimentario sentido de la justicia en el hombre debieran conocerlo y practicarlo aquellos que sólo tienen la enorme responsabilidad de su rectitud particular sino que además les está correspondiendo circunstancialmente la responsabilidad ductora de otros pueblos.

Y no pueden pretender levantar la bandera de la justicia universal quienes ante la gigantesca mirada expectante de la humanidad están apareciendo como encubridores de un crimen cometido en las circunstancias más cobardes ante los ojos del mundo. Porque este solo pecado contra la justicia contará en la balanza de la conciencia individual (que la conciencia colectiva está hecha de decisiones personales e íntimas) más que los millones de dólares sembrados a voleo para proclamar las excelsitudes de los regímenes de libertad.

Sabemos que los norteamericanos practican en su país muchas hermosas normas a que aspiran otros pueblos; pero en esta lucha descomunal de los principios en que se debate hoy nuestra civilización (que también está consciente de la brutalidad totalitaria que se le está enfrentando) se desconfía de su sinceridad cuando por otra parte está proclamando, con su humillante sometimiento a simples ventajas comerciales y de táctica política como estos casos de encubrir a tiranos como Franco y Trujillo, su desprecio a los sagrados e inviolables principios de la justicia y el derecho.